VOCES ABANDONADAS

Antonio Porchia

Prefacio y edición
de
LAURA CERRATO

PRE-TEXTOS

Primera edición: abril de 1992
Primera reimpresión: septiembre de 2001

Diseño cubierta: Pre-Textos (S. G. E.)

© del prefacio: Laura Cerrato, 1992
© Herederos de Antonio Porchia, 2001
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2001
Luis Santángel, 10
46005 Valencia

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN
ISBN: 84-87101-57-7
DEPÓSITO LEGAL: V.3452-2001

T.G. RIPOLL, S.A. – TEL. 96 132 40 85 – POL. IND. FUENTE DEL JARRO
46988 PATERNA (VALENCIA)

PREFACIO

Seguiré eliminando las palabras malas que
puse en mi todo, aunque mi todo
quede sin palabras

ANTONIO PORCHIA

A VECES el creador, de acuerdo con lo que decía Valéry, abandona su palabra, pues reconoce la imposibilidad esencial de terminarla. ¿O es acaso la palabra que exige ser abandonada por su creador?

Las voces abandonadas de Antonio Porchia han sufrido un doble —tal vez un triple— abandono. El poeta las ha ido dejando por el camino, esperando tal vez que el silencio y la soledad completaran su gestación. No se trata en realidad de un abandono definitivo. Con los años, algunas emergieron de ese silencio, reconstruyendo su propia voz que había sido diferida. Son aquellas que, con variantes, con modificaciones, después de su publicación en la primera edición de 1943, son nuevamente incluidas por Porchia en algunas de las ediciones posteriores.

Pero éstas son las menos. ¿Qué sucedió con las otras, con el caudal de voces de la primera edición que no volvieron a formar parte de ningún volumen? ¿Acaso el poeta renegó de ellas? Sin embargo, muchas veces las hemos escuchado, evocadas por su propia voz. Otras,

totalmente inéditas, el autor las ofreció como precioso regalo a diversos amigos. Es evidente que este gesto elimina la posibilidad de un silencio pudorosamente voluntario ante una parte de la obra supuestamente imperfecta.

Las voces abandonadas de Porchia. Doblemente abandonadas, porque la editorial que lo publicó no se decidió nunca a restituirlas al corpus de su obra, ni siquiera después de la muerte del autor. Y triplemente abandonadas, ya que algunas resignaron su existencia en las variantes adoptadas y publicadas después.

Estas voces, que fueron víctimas de la hipersensible autocrítica y hasta la extrema humildad de su creador, han quedado en la trastienda de las posibilidades para ser redescubiertas periódicamente por algún lector que no se conforma con la «versión autorizada» y busca más, porque le parece imposible que tanta lucidez, tanta profundidad, tanta sabiduría, puedan experimentar un fin. Es como si las voces aún no conocidas aparecieran de pronto confirmando al lector en sus propias voces, que responden a las de Antonio Porchia. Porque si Porchia no las hubiese creado, previsoramente en un principio, algún otro fatalmente lo hubiera hecho, confirmando la sospecha de que el pensamiento y la palabra en situación límite, paradójicamente, irán siempre más lejos. Como él lo escribió en la solapa de un libro de poesía: «En estos poemas cualquier palabra podría ser la última, hasta la primera. Y sin embargo lo último sigue».

Antonio Porchia, en su pasión por el lenguaje, transitó a menudo el camino entre las voces del abandono

y la soledad y las voces de la comunicación y la edición definitiva. Y este tránsito hizo que precisamente la edición definitiva no fuera definitiva, sino que estuviera sujeta a la inspiración tantálica, de la que sólo el creador sabe, de reconocer la mayor perfección en la mayor imperfección y la mayor imperfección en la mayor perfección. Voces «definitivas» en la decisión editorial y voces abandonadas —nunca del todo— por su autor. ¿Acaso las primeras son la expresión mejorada y acabada, mientras las otras significan sólo intentos fallidos? Embarcado en la infinita aventura del lenguaje, ni el propio Porchia pudo decidirlo nunca. Por ello sabemos de las constantes revisiones y correcciones, tarea obsesiva y fundamental, a pesar de su aparente insignificancia, que la edición no tuvo interés en recoger. La búsqueda se transparenta a veces simplemente en una coma o un punto que aparecen y desaparecen, o en la eliminación de unos puntos suspensivos que traicionaban demasiado, a juicio de Porchia, el matiz afectivo o el sentimiento de fracaso ante la palabra, que parece decir tan poco. Comparemos, a tal efecto, esta versión (Hachette, 1974):

> A veces creo que no existe todo lo que veo. Porque todo lo que veo es todo lo que vi. Y todo lo que vi no existe.

con la anterior (Impulso, 1948):

> A veces creo que no existe... todo lo que veo, porque todo lo que veo es todo lo que vi; y todo lo que vi... no existe.

En algunos casos, detectamos en cambio la supresión de ciertos elementos retóricos, o enfáticos, como el *sí* y el *no,* por ejemplo:

> A veces pienso en ganar altura, pero no escalando hombres.
>
> (Hachette, 1974)
>
> Sí; a veces pienso en ganar altura, pero no escalando hombres.
>
> (Impulso, 1948)

O la interrogación. Corrigiendo la versión original (Impulso, 1943):

> Cuando todo es dolor ¿qué importa, cuál es menor dolor y cuál es más?

Porchia dirá:

> Cuando todo es dolor, importa muy poco cuál es menor dolor y cuál es mayor dolor. (Hachette, 1974.)

En este ejemplo vemos cómo, además de la elección de un tono más gnómico (pero también más relativizante), el poeta se va inclinando marcadamente hacia la reiteración de palabras *(menor dolor, mayor dolor),* que configuran simetrías antitéticas.

Pero a veces es la versión última (¿o penúltima?) la que renuncia a la repetición, prefiriendo la síntesis y el suspenso que de ella resulta:

> Lo que haces es lo que haces, no lo que crees que haces. (Impulso, 1948.)

> Lo que haces no es lo que crees que haces. (Hachete, 1974.)

En otras ocasiones, la rectificación se da en la supresión de exclamaciones, cuya presencia original quedó registrada en alguna voz olvidada:

> Aprietas tus manos y no veo nada en tus manos. ¡Oh, cuánto no vemos en donde no vemos nada!

Así, ciertos matices más cercanos a la voz personal del autor ceden a veces ante una forma más ascética y lacónica que encuentra tonos universales. La voz del invididuo se sacrifica aquí a la voz del mundo, como se advierte en el paso del *yo* al *tú* o a *él*:

> El día nunca podría burlarse de mí, porque yo nunca me he burlado de la noche. (Impulso, 1943.)

> El día no puede burlarse de quien no se burla de la noche. (Hachette, 1974.)

Pero esa efusión existió en algunos casos y nos habla de cuán cerca de lo propio, personal y entrañable está esa voz que emerge aparentemente dura y abstracta.

Pues, como en Heráclito, la palabra del poeta aparece «anónima y dura»[1] No sólo como fruto de una constante meditación sobre el lenguaje, sino como rasgos originarios que definen la expresión fragmentaria que es el aforismo, en su intento de conciliar, en un balbuceo último, que obliga a la lectura múltiple, el pensar y el poetizar, que nunca debieron separarse. Ni siquiera el

---

[1] BOLLACK, JEAN et WISMANN, HEINZ: *Héraclite ou la séparation*. Paris, Minuit, 1972.

yo, cuando brota aparentemente en forma irreflexiva, es un *yo* que responda a un sujeto propiamente dicho. Distanciamiento, separación, búsqueda de la cosa que, anónima, autónoma y dura, «hace el arte», según palabras del propio Heráclito (fragmento 108).

Voces oraculares, pero emitidas por un oráculo del no-creer, de la inseguridad, de la no-adivinación, del decir y el desdecir, del desnombrar que busca una expresión más allá de las reglas sintácticas convencionales, pues está tratando de captar la extraterritorialidad de la realidad última, que en Porchia se trasluce en algunas estructuras anómalas: los hipérbaton, las faltas de concordancia, las repeticiones que en realidad no lo son, pues los sinónimos no existen, las estructuras diatácticas, que enfrentan brutal e insólitamente dos lugares alejados que, juntos, conforman esa intraducible realidad extrema.

Esta vocación por lo despojado, por la des-subjetivación, por el desnombrar, que subyace a todo intento de nombrar, es lo que ha generado algunas críticas a sus supuestos usos «erróneos» del idioma. Críticas que evidentemente parten de un desconocimiento de esa naturaleza anónima y dura, propia del aforismo, y que pasan por alto que con esta difícil búsqueda, Antonio Porchia restituye al aforismo su exacta dimensión de aforismo, su identidad que no consiste en una mera enunciación abreviada, sino que responde a leyes propias que se fundan en esa necesidad de proveer a la lectura múltiple, que hace del aforismo un género poético irreductible a otras formas del discurso.

¿Hasta qué punto dichas críticas pueden haber con-

dicionado la selección última que las ediciones más recientes presentan? ¿Qué posibilidad de aceptación puede tener una voz como ésta, por parte de los legisladores de la gramática?

> Mi corazón se duele a mí, y no debiera dolerse a mí, porque no vive de mí, ni vive para mí. (Impulso, 1943.)

Voz que fuera «normalizada», muchos años después de la siguiente manera:

> Mi corazón me duele a mí, y no debiera dolerme a mí, porque no vive de mí, ni vive para mí. (Hachette, 1974.)

Y si bien la versión corregida nos transmite lo esencial de la visión de Porchia, ¿cómo recuperar el estremecimiento de una voz des-realizada y universal, por lo anónima? ¿Cómo transmitir ese desfasamiento, ese «écart», entre el *corazón* (que «no vive de mí, ni vive para mí») y *yo,* sin recurrir a la «anomalía» gramatical de atribuirle al corazón el carácter impersonal del *se* y la acción impersonal de doler, en flagrante choque con el *mí* subjetivo del hombre que experimenta un dolor que no es el suyo?

Las voces abandonadas de Porchia también registran ciertas anomalías de construcción provenientes del italiano, que prestan un particular sabor a su palabra: «Quien hace lo que hace como sabiéndo*lo* hacer lo que hace...». La norma editorial pulió y neutralizó esta reiteración del objeto directo que forma parte de las tantas repeticiones necesarias al lenguaje tentativo y reconcentrado de Porchia. Otro ejemplo:

> No, hoy no podría creerlo, que otros hubiesen hallado calor donde yo hallé frío. (Anotación manus-crita.)
>
> Hoy no podría creer que otros hubiesen hallado calor donde yo hallé frío. (Hachette, 1974.)

Aquí el poeta sacrificó también el *no* enfático y personal en la búsqueda de una escritura más ecuánime. Pero cuánto nos sugiere ese objeto directo anticipado y, por lo tanto, duplicado. Como si ese anticipo del *lo,* además de subrayar el desconcierto, le diera también un carácter más general y definitivo a lo que se explicita después. «No, hoy no podría creerlo» parece referirse al mundo, a la naturaleza de las cosas y el hombre, más que a una de las manifestaciones accidentales y aleatorias de ese mundo: «que otros hubiesen hallado calor donde yo hallé frío».

Es para tratar de penetrar un poco más en la aventura de la corrección, las alternativas, la elección, las marchas y contramarchas del difícil itinerario del «texto justo», sin dirección definitiva ni punto final, sin la respuesta a tantas preguntas que la expresión plantea, que hoy rescatamos estas *Voces abandonadas.*

Y es porque intuimos que el abandono nunca fue definitivo, que queremos completar lo que Porchia hubiera hecho de haber podido: recuperar las palabras que el tiempo y un generoso abandono han despojado de su aparente imperfección.

LAURA CERRATO

NOTICIA SOBRE ANTONIO PORCHIA

NACIÓ EN UN PUEBLO de Calabria (Italia) en 1886. Hijo de un cura que colgó los hábitos, conoció desde niño la diferencia y la marginalidad *(Cerca de mí no hay más que lejanías)*. Pero también supo de la alegría gratuita que se da como gracia (*Un corazón grande se llena con muy poco*). Siendo joven emigró a la Argentina y tuvo que ayudar a una familia constituida por varios hermanos *(Lo mío, cuando no puede ser igualmente de otros, no sé por qué es mío)*. Se dedicó, entonces, a diversos oficios manuales y humildes: carpintero, apuntador en el puerto, ayudante de tipógrafo, prestando a estos menesteres la profunda significación que adquiere lo que se realiza feliz y conscientemente *(A veces hallo tan grande a la miseria que temo necesitar de ella)*.

Vinculado al barrio porteño de la Boca, donde vivían los inmigrantes italianos en un ambiente de pescadores y bohemios, entabla relación con el grupo *Impulso,* del lugar. Sus integrantes, pintores y esculto-

res, lo instan a publicar, en humildes ediciones de autor, los dichos, reflexiones y aforismos que jalonan su conversación cotidiana. Publicación: indiferencia de la crítica. *(Hay olvidos que son quien olvida).* Los ejemplares se acumulan en la *Agrupación Impulso.* Antonio Porchia no sabe qué hacer con ellos. Finalmente, al ser presionado por las autoridades de la asociación, debido a la falta de espacio, decide donarlos a la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, entidad que fundara Sarmiento para llegar hasta los puntos más remotos del territorio argentino. Presencia de las *Voces* de Porchia en las fronteras lejanas. Allí las descubre un amigo, por azar, y, fascinado, copia a máquina el modesto volumen. A partir de esta feliz casualidad, la búsqueda del poeta, el encuentro y, finalmente, las rituales peregrinaciones a su cambiante domicilio, que Roberto Juarroz describe en su *Poesía y creación.*[1] A partir de la herencia de una casa, Porchia la iba trocando por otra, cada vez más humilde y pequeña, lo cual le permitía subsistir un tiempo con la diferencia económica *(Algunas cosas me he resignado tanto a no tenerlas que ya no me resigno a tenerlas).* Porque los cuadros de sus amigos de la Boca, ahora famosos, que llenan la ocasional vivienda, son sagrados, y por lo tanto invendibles, como debería serlo todo verdadero don. *(Mis cosas son muchas, y son una, si intento separarme de una.)*

---

[1] JUARROZ, ROBERTO: *Poesía y creación; diálogos con Guillermo Boido.* Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1980.

Pero mientras tanto, la primera serie de *Voces* (1943) llega a manos de Roger Caillois, a la sazón ocupado en *Sur*, la revista de Victoria Ocampo. El escritor francés queda fascinado, llama a Porchia y, excitadamente, le pregunta: «¿Cómo hace usted para escribir esto? Yo daría mi obra entera a cambio de esto». Mas, vuelto Caillois a Europa, «estas pequeñas cosas que yo hago», como solía decir el escritor argentino, difícilmente hallaron cabida en *Sur*. Profesionales de la crítica y la enseñanza objetarán sus transgresiones lingüísticas e intentarán normalizarlas *(Cualquiera podría aniquilar lo infinito en el instante)*. Antonio Porchia, humilde y silenciosamente, tal como los había llevado por invitación de Caillois, retira sus originales *(Cuando algún dardo es lanzado para herirme, se encuentra con la herida hecha y... no puede herirme)*. Mientras tanto éste traducirá al francés un conjunto de *Voces* que se publicarán en G. L. M. (Guy Lévy Mano), en 1949. Su lectura suscitará la admiración de Henry Miller y Raymond Queneau y hará decir a André Breton: «El pensamiento más dúctil de expresión española es, para mí, el de Antonio Porchia, argentino».[2]

Hasta aquí, la prehistoria de las *Voces*. En Argentina su sonido va cundiendo y Hachette publica una selección en 1966, que se irá imprimiendo y agotando regularmente, con el agregado de *Nuevas Voces*. Pero el escritor no recibe mayores recompensas. Sólo su muerte decidirá a la editorial a lanzarse a ediciones masivas.

---

[2] BRETON, ANDRÉ: *Entretiens 1918-1952*. Paris, N. R. F., 1952.

Radio Nacional, aún en vida de Porchia, con el asesoramiento de David Vogelman, especialista en budismo Zen, había recogido la voz del sabio y transmitía sus *Voces* al cierre de la emisión, a medianoche y en su apertura de la mañana. Antonio Porchia muere, dejando la mitad de su obra, que no recoge Hachette, olvidaba en sus dos primeras ediciones de autor y en manuscritos que regalaba, a sus amigos o a revistas de jóvenes admiradores y que a menudo quedaban arrinconadas. «Hay mensajes cuyo destino es la pérdida» (Roberto Juarroz).

Pasan los años y tiempos sombríos se suceden en Argentina. En pleno turbulento período de la actividad terrorista (1972-1974), llego un día a mi clase de literatura inglesa en un colegio privado de Buenos Aires y encuentro una «voz» sin mención de autor en el pizarrón. Averiguo quién la ha copiado (uno de mis alumnos más inquietos, luego prófugo y desaparecido) y descubro que las *Voces* de Porchia han estado circulando durante algunos años entre los jóvenes argentinos hijos del mayo del 68. Les explico quién ha sido Porchia y les hablo de sus ediciones. Desde ese día y todos los días de mi clase durante ese año encuentro una voz de Porchia, ya no anónima, en el pizarrón.

Diez años después, fortuitamente, en la chacra uruguaya de una amiga, en una revista sensacionalista que saca el mayor partido de las revelaciones de los tristes asuntos del proceso militar argentino, encontramos con Roberto Juarroz, entre relatos de torturas y aberraciones, el facsímilar de una tarjeta de felicitación de Navidad que una reclusa, luego desaparecida, envía a otra reclu-

sa embarazada, luego también desaparecida. Presidiendo, a manera de epígrafe, las salutaciones habituales, una frase anónima, pero entre comillas: *El amor que no es todo dolor, no es todo amor.* Antonio Porchia había muerto en 1968 y su voz se había vuelto anónima, del pueblo, como la de Burns o Manuel Machado. Pero, por sobre todo, acompañaba los momentos de duda y de crisis profunda, de dolor y temor, como la voz recóndita con la que cada ser humano se habla. ¿Hay acaso mayor gloria literaria? Y, más importante aún ¿hay una mejor respuesta al derrotismo demagogo de aquellos que, como Theodor W. Adorno, nos dicen que no puede haber más poesía (o música de Mozart, etc.) después de Auschwitz?

Porque es en los Auschwitz de todos los países y de todos los tiempos donde poesía como la de Antonio Porchia alcanza su postrera razón de ser.

Y es esta íntima convicción la que nos ha movido a recoger, a través de largas y costosas búsquedas, lo que la edición hasta ahora accesible dejó de lado. Y no sólo por el prurito académico de tratar de impedir que algo valioso se desvanezca más y más en el desconocimiento, sino debido a que creemos que la verdadera poesía nos acompaña en los trances difíciles y que nunca es demasiada, siempre es poca, para consolar el sufrimiento humano.

L. C.

VOCES ABANDONADAS
Primera Serie (1943)

CON MI ENCADENAMIENTO a la tierra pago la libertd de mis ojos.

•

En nuestro corto vivir, el tiempo es una larga espera.

•

Todo lo que es, no es nada, puesto que debe ser.

•

Donde hay bondad, no hay males de otros.

•

Si no existiese lo breve, no existirían las flores.

•

Ahora tengo miedo de entrar en las cosas; miedo de hallarlas todas justas.

•

Una vida que fuese eterna, convertiría en eternos algunos minutos.

•

Es posible que el hombre exista ajeno a sí mismo.

•

Tú estás y crees que faltarías si no estuvieses. Y la verdad es que tú no faltas. Ni el sol faltaría si no estuviese.

•

Si yo pudiera ser cualquier cosa, cualquier cosa no me abatiría.

•

Un millón de estrellas son dos ojos que las miran.

•

Las veces que me comprendo un poco, comprendo menos a los demás.

•

Hay fuegos que desde lejos dan calor y desde cerca frío.

•

Si yo fuese más, el mundo no podría darme más.

•

Mi espíritu puede trasladarme hasta la última estrella, y yo a él, no puedo trasladarlo unos centímetros.

•

Todas las almas necesitan un baño de mala salud.

•

Lo que nace de este mundo lleva la vejez de este mundo desde que nace.

•

El engaño me engaña, cuando no sabe engañarme.

•

Partiendo de un todo, sólo puede arribarse a nada.

•

Todo lo que he dejado de sentir, no lo siento de menos.

•

Lo mío, cuando no puede ser igualmente de otros, no sé por qué es mío.

•

Yo no estoy aquí, pero aquí me he dado, y amo aquí.

•

Las pequeñas cosas, al ser tocadas, casi siempre sobreviven; no así las grandes cosas.

•

Las heridas son nidos de flores.

•

Agradezco la mano que me conduce, porque no sé de quién es.

•

Cuanto más me alejo de todo, más temo a todo, y más me alejo de todo.

•

Yo preguntaría a esos mundos qué grano de arena los mueve a rodar.

•

Del bien y del mal que me han hecho, me duele el bien; el mal no me duele.

•

Siempre es una pena lo que nos acerca al alma.

•

Lo que es cien, no lo es por cien veces más grande, sino por cien veces uno.

•

Puestos de frente a vagos ayeres y a vagos mañanas, envejecemos hoy.

•

Donde no eres nada, quédate contigo, y eres todo.

•

El no ser feliz es lo único que pagan todos, y es lo único que podría obtenerse por nada.

•

Imitando un afecto, me hice un afecto, e imitándome muerto, me enterré en sus brazos. Desde entonces voy viviendo así, para morir así.

•

Hay olvidos que son quien olvida.

•

Lo creado es la dificultad que halla todo creador en crear.

•

Las ideas, después de ser una para cada cosa, son una para todas las cosas.

•

No parece ser una necesidad del hombre, el hombre mismo.

•

Fuera de mi estrecha celda, no hallo holgura.

•

Para no ser menos que nadie, ¡cuánto he debido ser menos!

•

Cuando comienzan a vernos como esto, como aquello, comienzan a no vernos.

•

Lo amado, alguna vez es lo amable.

•

El hombre, cuando es dueño de una cosa, no ve muchas cosas.

•

Toda persona anónima es perfecta.

•

Lo más puro de nosotros se confunde con lo que es nada, porque no tiene voz, y casi no tiene luz.

•

Estoy en la tierra e ignoro si alguna vez he sido alguien, desde la tierra.

•

Al tomar una cosa, tomamos lo que hay de más o de menos en ella; no la tomamos a ella.

•

El hombre es un habitante; pero ¿de dónde?

•

Si creyera que el sol no me mira un poco, no lo miraría.

•

Quien recoge su soledad, para quedarse solo con ella, nunca termina de recogerla.

•

El minuto de mis hoy es breve: lleva de menos mis años.

•

Uno es uno con otros; solo no es nadie.

•

La razón, cuando alguna vez ha sido mía, me ha hecho daño.

•

Cuando algún dardo es lanzado para herirme, se encuentra con la herida hecha y... no puede herirme.

•

Si el hombre tuviese los eternos mañanas, no viviría hoy. No viviría.

•

El amor, cuanto más se agranda, más es uno.

•

Un alma santa no nace de un paraíso; nace de un infierno.

•

Quien va de fuego en fuego, muere de frío.

•

La vida que no deseo la recibo de la vida que deseo.

•

Cuando uno es abandonado por todos, puede creer fácilmente que es él que abandona a todos.

•

No sé qué cuento a mis ideas, contándoles mis ideas.

•

El hombre es una cosa que no puede seguir siendo la misma ni un momento. Sin embargo, no puede ser otra cosa, ni un momento.

•

Quien es capaz de dar hasta su propia vida, no ha menester suicidarse.

•

Tu mal es tan grande que no debiera dolerte.

•

A veces se me va todo, y, para que vuelva todo otra vez, debo irme yo.

•

Cuando me salvan de un infierno, si es una flor que me salva, no me creo salvado.

•

La seriedad es un rasgo de la niñez que en algunos hombres perdura.

•

Un infinito respeto mata.

•

¿Esto he sido yo? Y yo, ¿qué he sido?

•

Despertar es siempre una sorpresa.

•

El tiempo es una cosa fija que nada fija.

•

Tu calor fue tan breve que sólo pude sentirlo frío.

•

La mujer conoce del hombre nada más que al niño; lo demás del hombre, sólo lo conoce el hombre.

•

Lo que es igual para todos no interesa a nadie.

•

Por salvar lo que hemos sido, nunca llegamos a ser lo que somos.

•

Cuando la noche se canse de mirarme, dejaré de mirar.

•

Conformar a muchos es más fácil que conformar a uno.

•

Las distancias, llenas, separan; vacías, no.

•

El niño y el hombre, diferentes en sus dolores, son iguales en sus llantos.

•

Ya no encuentro a quien es más, para seguirle, ni a quien es menos, para seguirme.

•

Desde que el morir no es muerte, temo el morir.

•

Las flores son eternamente bellas, sin un mañana.

•

Algunos méritos debo dármelos, para poderlos dar.

•

Las cadenas que no quiero romper no son cadenas; pero lo serían, si las rompiese.

•

Mientras vivo, yo sólo sé de mí. Después, yo solo no sabré de mí.

•

Ser o no ser esto o aquello, no es saberse ser a no ser, esto o aquello.

•

Para perderlo, nunca me falta nada.

•

Mi suerte, ¿habría podido ser mejor? No se sabe de ninguna suerte que haya podido ser mejor.

•

Quien pretende apartarse de locuras, enloquece.

•

El gran amor es la consecuencia de nuestra debilidad.

•

Si nos dejan solos, todo está de más.

•

Todo queda, como para burlarse del todo, que se ha ido.

•

A quienes no tienen más posibles es justo que se le perdonen algunos imposibles.

•

Sepulto mi vida en cualquier parte, y yo moriré... quién sabe dónde.

•

Cuando me han hecho mal, he podido creer que no me han hecho mal.

•

Lo feo existe porque lo bello nadie lo comprende todo.

•

Si el hombre tuviese alas, bajaría más.

•

Mi lado más obscuro es aquel que más se alumbra, para obscurecerse más.

•

Lo que veo, digo que es lo que yo veo, sabiendo que miento.

•

Quien ama a todos, ¿ama a alguien?

•

El hombre, si es grande, su grandeza disminuye en razón de cuanto con ella obtiene.

•

Ya que de tan cerca me hieren, no iré más allá.

•

Si te abandonase nada más que aquello que tú mismo deseas abandonar, te verías totalmente abandonado.

•

«Nada» es donde puedo ser nada.

•

De un árbol de cien años, he mirado las flores, de un día.

•

Mi última creencia es sufrir. Y comienzo a creer que no sufro.

•

Las veces que hablo conmigo, algunas cosas no me las digo.

•

Mis ojos ocultan tantas nubes que, a veces, las pierdo... en las nubes.

•

La vida es un mar, y su sabor, un sorbo.

•

Siempre estoy en los extremos de mí mismo y, en todos ellos, hallo mi término medio.

•

En todo mal hay algo bueno. Y ese algo bueno, ¡qué bueno es!

•

El hombre gira, gira hasta pararse en un punto desde donde nada espera y... espera.

•

Quien no borra lo que le deben sus deudas, borra su alma.

•

Lo que sé «terminado», nunca termino de saberlo.

•

No se nos irían tantas cosas si, al irse, no vinieran otras.

•

No he visto juego más triste que el de las nubes y el sol.

•

Aquellos que saben hacer haciendo, no saben qué hacen.

•

Un momento diferente no existe; existe un momento más.

•

Tu alma se liberó de toda clase de cerebros, pero no de las almas atadas a toda clase de cerebros.

•

Los años que he vivido de menos y los años que he vivido de más, suman... mi edad.

•

Me haces mal y te parece que me haces bien. No diré que estás equivocado.

•

El hombre quiere de no saber qué quiere.

•

Un minuto cambia todo y todos los millones de años no cambian nada.

•

Lo comprendido, sólo porque lo hemos comprendido, dejamos de comprenderlo.

•

Los venenos más viles conceden largos plazos.

•

El fango no me ofende, pero cuando me arroja un puñado de fango, me ofende.

•

Algunas cosas mías, cuando me las explico, pierden su significación.

•

En mi vivir observo cómo todo se torna menos, ora por menos, ora por más.

•

La mujer es madre, amiga, enemiga y casi no es mujer.

•

¿Dicen que hacemos bien? Entonces, ¿qué importa el mal que hacemos?

•

Me creo igual a todos. Sin embargo, esto de creerme igual a todos, me diferencia de todos.

•

Sabes por quién suspiras y por qué suspiras no lo sabes.

•

Lo muy poco, sólo se salva en lo muy poco.

•

Veo no por mis ojos, sino por otros ojos, que vieron.

•

No hallas un corazón, porque tienes un corazón.

•

Cuando tuve lo mejor, no era lo mejor.

•

Mis pasados hoy despiertan todavía, pero mis hoy, no despiertan más.

•

Para llegar a ser lo que soy, una cosa casi no visible, he necesitado mucho, mucho más que todo el universo.

•

La bondad no es vida.

•

No ser más me espanta, por si debiera ser más cuando no sea más.

•

Para sentir mis cosas de hoy necesito el recuerdo de mis cosas de ayer.

•

Mi despertar entre sueño y sueño, no interrumpe mi sueño.

•

Desde que siento, siento de haber sentido.

•

Tuve un Dios y hubiera dado la vida por Él. Hoy también la daría, si lo tuviese.

•

Si tienes un mundo, no lo pierdas buscando en él un mundo.

•

No hay un dolor que no llame.

•

¿Por qué vuelves a la vida? Comprendo. Uno se cansa de todo, también de estar muerto.

•

Mi cuerpo casi ignora lo que es dolor; mi alma, en cambio, casi ignora lo que no es dolor.

•

Contener es no volcar.

•

Mientras no vemos todos los vacíos, vemos.

•

Me apartaré. Prefiero lamentarme de tu ausencia que de ti.

•

El hombre está en todo como una cosa interior, sin una ventana de luz.

•

Al momento de nuestra conciencia lo divulga el momento de nuestra inconsciencia.

•

Donde no hay ninguna necesidad, ahí está el hombre buscando un millón de necesidades para ubicar en ellas su millón de necesidades.

•

Extirpar parásitos es herir donde se prenden. Y el parásito se prende, casi siempre, donde no se quiere herir.

•

Para quien mira un milímetro más alto del común mirar, la tierra es sus pies, solos, sin la tierra.

•

El hombre tenía un paraíso lejos de este mundo y lo ha perdido por quererlo acercar a este mundo.

•

Las mil buenas fortunas son la creación teatral de los mil tormentos.

•

En mi viaje por esta selva de números que llaman mundo, llevo por guía un cero, a modo de linterna.

•

Tus cosas han unido el dolor que las separaba, pero ellas no se han unido.

•

Cuando no puedo realizar nada, ¡cuánto realizo!

•

Quien no pide alimento, creemos que no ha menester alimentarse.

•

La juventud vive de juventud y la vejez de tiempo.

•

Hace mi soledad, no lo que me falta, sino lo que no existe.

•

La vida se compone de varios actos, pero la hallamos en sus entreactos.

•

El mayor bien lo hace el menor esfuerzo.

•

Sé por mis caídas que, de las cosas, a unos los separan o unen distancias, a otros caídas.

•

Lo mío, más caro, ¿está donde está o donde ignoro?

•

Hoy, mirando en mí al hombre, quisiera ser pequeño, muy pequeño, para no ver tan pequeño al hombre.

•

Cada vez que toco las cosas con mis manos, me siento morir un poco.

•

El amor exige tanto que no puede darlo el amor.

•

Donde no hay nada, puede perderse todo, que no se pierde nada.

•

Alguna vez déjame ser algo menos que tú, para pedirte algo... alguna vez.

•

Dejo pasar el tiempo sin oponerle ninguna resistencia.

•

Ahogas tu puñado de defectos, y comprendes que la vida es un puñado de defectos.

•

Si todos los males merecieran serlo, casi no habría males.

•

No hallo la alegría de cien veces alegre. Tal vez la alegría no se acumule como todo se acumula.

•

Cuando el más mínimo de los insectos me parece grande, el sol no me parece tan grande.

•

No viviría yo, si no viviesen quienes para mí no viven, ni yo, para ellos.

•

El hombre siente de no ser nada cuando casi es Dios.

•

Donde cada cosa es el reflejo de otras cosas, ¿qué es una cosa?, ¿qué es todo?

•

El mundo perdona tus defectos, no tus virtudes.

•

Lo acabado, a veces, lo interrumpen mis sueños.

•

Uno es para todos y hasta para sí mismo, lo poco o lo mucho que puede parecerse a alguien.

•

La falsa bondad ha conquistado a la sana bondad y la posee.

•

¡Cuántas vidas hay en una sola vida, por una sola vida!

•

Lo infinito, cualquiera podría aniquilarlo en un instante.

•

Vivo de las concesiones que yo mismo me otorgo.

•

Subir, subir y, alcanzada la cumbre, se contempla un abismo.

•

Ese «algo» que necesitamos para poder vivir, también lo necesitamos para poder morir.

•

El sendero que sube es el mismo sendero cuando baja.

•

El hombre obtiene de lo poco, no de lo mucho, porque de lo mucho... pretende mucho.

•

En mi último instante, toda mi vida durará un instante.

•

Yo no soy como me han hecho. Y es mejor. Así haré menos daño.

•

Lo que asenté en las nubes creo que ha caído, y nunca lo he visto caer; lo contrario sucedió con lo que asenté en las rocas.

•

Mi equivocación mayor nunca es menor que mi vida.

•

¿Crees que no me debes nada? Pues nada me debes. Respeto todas las creencias.

•

Ninguna persona cabe totalmente en otra, ni la que se llama hijo.

•

Todo es movimiento, y todo es como yo, un punto fijo.

•

Aún pido enseñanza; pero ya no al hombre, sino a quien no recibe enseñanza del hombre.

•

El amor nace de dos amores y muere en uno.

•

Mi suerte, cuando no es buena, prefiere estar conmigo, a solas.

•

Una segunda cosa, casi siempre es un reproche.

•

Las pequeñas maldades ofenden; las grandes, sólo lastiman.

•

Conmigo no llevo el tiempo de mis cosas y mis cosas; sólo llevo mis cosas.

•

Una estrella cabe en mis manos, porque cabe en mis manos su lejanía.

•

En el sueño eterno la eternidad dura un instante... Quizás yo vuelva dentro de un instante.

•

Tanto no eres amado, tanto amas.

•

Del vivir conozco el vivir de nada, del morir, el morir de todo.

•

El hombre está hecho de un modo que no le es posible ser bueno, ni cuando es bueno.

•

El mayor tiempo borra lo que el menor tiempo escribe.

•

Mi primer desengaño fue mi último desengaño. Después tuve más desengaños, porque en el alma humana siempre cabe un desengaño más.

•

Cuanto me falta, tal vez no exista, y yo lo vivo demás.

•

Lo malo, cuando cae en lo bueno, no es tan malo.

•

Ser inferiores a otros, hasta lo aceptamos; ser iguales, no.

•

El hombre, cuanto más grande hace su obra, menos puede vivir de acuerdo a ella.

•

Siempre me despierto donde nunca duermo; donde nunca dormiría.

•

La savia que alimenta la memoria del alma humana casi está seca. ¿Morirá la memoria del alma humana?

•

Lleno, me queda lo que pude llenar de mis deseos; lo que tomé vacío.

•

Lo que soy ahora casi no me pesa, porque no lo he sido antes que ninguno.

•

Con las palabras que no he dicho he desarmado mis armas.

•

Quien es infinito en su interior no acepta el medio de su capacidad exterior.

•

Venus, ahora, es una estrella desocupada.

•

Hablo a los cielos y a los astros, sin ninguna timidez.

•

Yo no digo si creo o no en Dios cuando digo: ¡Dios mío!

•

Mi suerte, ahora que es de todos, no es más liviana, porque, antes, ha sido toda mía.

•

Cuando para saberme yo no basta una eternidad, basta un instante.

•

Al río del llanto no lo ves, porque le falta una lágrima tuya.

•

A veces es menester cerrar los ojos y dejarse llevar.

•

Cuesta al hombre un continuado esfuerzo ser un hombre más.

•

No sé cómo he podido volver tantas veces aquí, sin moverme de aquí.

•

Un corazón verdadero no implora.

•

La vida duraría más si las cosas de la vida no durasen tanto.

•

Quien ha dado una pena ha debido dar mucho.

•

En un viaje solo, se vive y se muere.

•

Cuando el amor es fuerte, el más leve aletear lo espanta.

•

Puse una cruz de aire sobre todos los plomos y todo cambió: los plomos se hicieron aire y las cruces plomos.

•

El moverse de quien se maneja con sus propias manos es duro; igual al de un muñeco.

•

Las flores, viéndolas marchitas, las veo más bellas.

•

El alma que no encontré en ninguna parte hizo de todas las partes un alma.

•

Si todo no terminase en nada, ciertos males nunca terminarían.

•

El bien que no merezco, aunque lo obtuviese, no podría vivirlo; el bien que merezco sí, podría vivirlo, aunque no lo obtuviese.

•

Algún nombre, si lo pronuncio, temo convertirlo en una frase y... no lo pronuncio.

•

El hombre, en el todo, no es ni un fragmento del todo: es todo.

•

¿Mi vida? Ha mucho que no me hablan de mi vida. No sé nada.

•

A los hechos eternos, los llamaba mis hechos, porque al prenderme de ellos creía comenzarlos.

•

El alma humana se alimenta de tóxicos, ora rudos, ora sublimes.

•

La primavera del espíritu florece de invierno.

•

Si vivo, me conforma cualquier cosa; si muero, no me conforma cualquier cosa.

•

De lo que me ofende, lo único que me ofende es defenderme.

•

Nadie está en su nivel; todos los niveles están vacíos.

•

Reír de no reír, llorar de no llorar: ser de no ser.

•

A veces, llevado por mis ojos vacíos en pleno infinito, me siento caer en lo eterno.

•

Cuando encuentro todo como si me faltase todo, no me falta nada; ni el morir.

•

Mirando siempre una misma cosa, no es posible verla.

•

Donde el mal crece, el pequeño bien se agranda.

•

A veces me ocupo de mí; pero he olvidado qué significa «ocuparme de mí».

•

Los sobrantes de colmados deseos colmarían nuestros deseos.

•

Nuestro débil hilo de afecto que tan fácilmente se rompe y que al romperse nos precipita en los abismos del mundo, sostiene el mundo.

•

La vida comienza a morir por donde más es vida.

•

El hombre es la obra efímera de su propia obra eterna.

•

¿Por qué vuelve otra vez, mañana?

•

Nuestros fríos hallan un hueco de calor en los cuerpos fríos.

•

Mis cosas son muchas, y son una, si intento separarme de una.

•

Las alturas bajan, subiendo.

•

Cuando mis ojos se abren inmensamente, no encuentro adonde miran.

•

Una vida breve es compensada por un breve fenecer.

•

Nuestro sentir nace de algo y vive de nada, pues si debiera vivir de algo, no viviría.

•

Miles de soles lejanos no disipan la noche.

•

Hasta aquí he sido, para mi olvido, acarreador de víctimas; desde aquí sólo seré su víctima.

•

Las cadenas en uso no encadenan.

•

El ocaso de las primeras palabras comienza en las segundas palabras.

•

Quien puede ser quien es, ¡qué poco es para quien no puede ser quien es!

•

La quietud me agita y a veces me agita tanto que la necesito.

•

El dolor que se muestra o no es dolor o lo es mucho.

•

El bien del alma, cuando se pierde, no pierde su valor.

•

Una sola cosa me hizo alimentar de todo, porque no pude separarla de todo.

•

Si yo fuese más pequeño, ¡qué pequeña sería, a mi lado, una montaña!

•

Seguiré navegando por mares lejanos, hasta naufragar en mi mar.

•

El mundo parece ser una masa de receptáculos vacíos, devorándose a sí misma, para llenarse de receptáculos vacíos.

•

La bestia que el hombre lleva consigo, siempre tiene veinte años.

•

El esforzarse de unos para obtener lo que otros obtienen sin esfuerzo, envilece el esfuerzo.

•

Tu sangre es fuego y en tus ojos nieva.

•

El alma de las cosas no es la que nosotros ponemos en ellas.

•

Dar no es lo que damos, sino lo que quisiéramos dar; y esto no lo damos nunca, porque nunca lo poseemos.

•

En la tierra prefiero estar más cerca de la tierra que de sus cosas.

•

Quien es alguien, solo, siempre es solo.

•

Una flor en la mano muere, apagando una estrella.

•

Sobre mi espíritu he hallado reposo; sobre mi cuerpo no.

•

Tú no estás con todos, ni cuando perdonas a todos.

•

Lo poco y lo mucho, ahora me sostienen por iguales, o por iguales no me sostienen.

•

Ser amado puede no ser lo peor, pero no es lo mejor.

•

El daño que tú me haces no me mata; mas si yo te hiciera daño, me mataría.

•

Lo mío, nunca quisiera tomarlo de mis manos.

•

Este tu vivir de más ha ido convirtiendo todo tu vivir en un vivir de más.

•

Cuando busco mi existencia, la busco en alguien.

•

Dejo y sé qué dejo; mas si pienso qué dejo, no sé qué dejo.

•

Una vida totalmente consciente, nadie podría sobrellevarla.

•

Mi palabra olvidada es la otra palabra que pronúncio; es todas mis palabras.

•

Lo eterno es el producto de efímeras vidas.

•

De la persona amada, amamos su dolor, no a ella.

•

Un alma que se expande al infinito, en la mano apenas es un hálito.

•

Si nada se nos fuera durante la vida, se nos iría la vida sin nada.

•

Detrás de una flor vemos a alguien.

•

A quien estimo, no le digo qué es lo mío: se lo muestro.

•

La herida, cuando es toda sangre, no se tiñe de sangre.

•

No nos basta querer todo. ¡Y es tan poco lo que nos basta no querer, para no querer más nada!

•

Mis más grandes cosas alimentan tres o cuatro palabras infantiles.

•

Un día más en mis días es más peso sobre mí, pero es una cadena menos en las cadenas que me atan a este mundo.

•

El hombre tiene más de un entierro, y no tiene más que una cruz.

•

La verdad, cuando la pienso, no la digo.

•

Eres tan honesta que no acompañas a nadie; ni a ti.

•

Más sufrir que el sufrir de cien años, es el de no poder sufrir un minuto más, por lo que se ha sufrido cien años.

•

Mi alegría, viéndola en otro, ¡qué grande es!

•

No hago nada y no sé cómo, pues cuando quiero no hacer nada, no sé cómo hacer.

•

Algunas de mis tonterías no las gobierno yo. Se gobiernan solas.

•

El hombre, punto luminoso de su propia noche, cuando quiere borrarla, se extingue.

•

Mostrarnos caídos no es vergüenza; vergüenza es mostrar lo que nos hace caer.

•

Ninguna cosa es visible estando en ella; ni el hombre lo es, estando en él.

•

En tu pedazo de barro planta una flor, si no lo pierdes en la totalidad del barro.

•

Cuando me dan un bien lo cuido no dando nada por ese bien.

•

Lo bello se halla removiendo escombros.

•

Recibimos la visita de nuestra vida ausente, en el dolor.

•

Ese yo que hago yo quiere hacer algo él también, y me hace a mí.

•

Tu alma no me la llevaré. Me basta saber que la tienes.

•

Esto que llamo mi vida es una línea de mis ojos, cuyos extremos se hunden en la noche.

•

En mi infinito, no cabe más que una herida.

•

Cuanto se destruye solo, no destruirlo, ¡qué poco vale!

•

Cuando alguna vez me creo bueno, no es cuando creo que todo es malo, porque no creo en las excepciones.

•

Lo nuevo aumenta o disminuye lo viejo. Lo nuevo de por sí, no es nada.

•

Todo gira en torno de una cosa sola; en torno de más cosas, no gira todo.

•

Lo amargo, cuando brota de una fuente dulce, es realmente amargo.

•

Estar con alguien verdadero es casi un milagro.

•

Mi sangre terminará en la última gota de mi sangre; antes no.

VOCES ABANDONADAS
Segunda Serie (1948)

El juego con mi dolor es mi juego. Y yo quiero mi juego, porque todo es mi juego.

•

Sólo nuestra madre es siempre como sí misma: como nuestra madre.

•

Puede comenzar más quien olvida más.

•

Lo que se torna quimera, por grande y no por pequeño, se torna quimera.

•

Si eres viejo y sabes ser viejo, ¡oh, cuánto sabes!

•

Cuando lucho por nada, creo que es cuando lucho.

•

Ahora que todo eres tus alas, ¿qué levantarán tus alas?

•

Mi corazón se duele a mí, y no debiera dolerse a mí, porque no vive de mí, ni vive para mí.

•

Tú nunca serás grande para tu alma, si tu alma es grande.

•

Casi siempre somos, en todo, el universo y yo, y ni un insecto más, y ni un átomo más.

•

Busco la certeza de las cosas, y cuando la hallo, me muerdo los labios.

•

Te levantas afuera lo que te hundes adentro.

•

¡Qué hace uno, Dios mío! Y... ¿qué puede hacer uno, Dios mío?

•

Dilo muy bajito lo que sientes, si no es una pena lo que sientes.

•

El hombre, cuando dice «el hombre es así», no dice «yo soy así».

•

Es muy pobre para las cosas de esta tierra, quien, para mirarlas, ha menester levantar los ojos.

•

Todo hacer es un engaño, porque todo está hecho.

•

Después de lo «nada más», toda cosa es, cualquier cosa.

•

Tus cosas de niño, no tus cosas de hombre, alimentan tu alma de hombre.

•

Sientes cuanto siente una piedra y crees que sientes todo... ¡Oh, yo también creo que siento todo!

•

Ando conmigo como si fuese alguien, sin andar conmigo.

•

No te clavaré una espina, ni de las muchas que tú me clavas, ¡porque te clavan tantas espinas!

•

Viendo lo que es mortal y lo que no es mortal, veo que sólo lo bello es mortal.

•

Bastan, para enriquecer a un alma, todas las miserias de este mundo y una flor de este mundo.

•

Tú estás en lo bueno y yo estoy, no en lo bueno; pero estamos iguales, casi siempre, porque casi siempre, tú te olvidas de donde estás y yo me olvido de donde estoy.

•

Uno, creo que no es algo, porque uno es algo de lo que es todo, no de lo que es uno.

•

Acabo de sacrificar un pequeño insecto y miro la sangre. ¡Dios mío, qué infinito mar de sangre!

•

El hombre se mueve, se mueve y sólo para creer que vive, porque el hombre necesita creer que vive.

•

Las veces que río, si me veo reír, dejo de reír.

•

Las pequeñeces que hay encima mío me aplastarían, si no hubiese también encima mío grandes cielos, grandes astros y el recuerdo de algunas flores.

•

Parece que los niños deben sentir mucho la tristeza, porque la alegría, ¡la sienten tanto!

•

Y si encuentras algo todavía, no has perdido todo; te falta perder algo todavía.

•

Yo he creído merecer elogios alguna vez, por lo que he hecho alguna vez, pero no elogios míos.

•

Siempre se hallan juntos el mar de miel y el puñal que se nos clava en el alma.

•

Sólo el mal no te he hecho, y porque sólo el mal no te he hecho, estás como si nada te hubiese hecho.

•

Comprendo que las personas normales son personas normales, lo que no comprendo es por qué huyo de las personas normales.

•

¡Qué poco eres sin una flor, sin una estrella, sin un puñal!

•

Tú sufres por todo. Yo he sufrido por todo. Ahora sufro por nada.

•

Me enseñaron a ganarlo todo y no a perderlo todo. Y menos mal que yo me enseñé, solo, a perderlo todo.

•

Quien debe hacerte vivir, casi no debe vivir, para hacerte vivir.

•

Cuando creo que nadie necesita de mí, creo, también, que yo no necesito de nadie.

•

Quisiera amar a alguien. Y amar es cuidar. Quisiera cuidar a alguien.

•

Son ellos los que hacen mi conducta, y son ellos los que me juzgan por mi conducta.

•

La seriedad en el niño, la veo seriedad, y en el hombre, la veo comicidad.

•

Porque acabas de soñarlos buenos y sólo porque acabas de soñarlos buenos, estás contento.

•

Lo mejor lo queremos de un mañana, siempre, y es de un ayer, siempre.

•

Busco merecer el bien, y yo no sé para qué busco merecer el bien, si casi no busco obtenerlo.

•

Si yo pudiera dejar estar todo como está todo, sin mover ni una estrella ni una nube. ¡Oh, si yo pudiera!

•

A mi cuerpo lo emborrachan los vinos, y a mi espíritu lo emborracha todo, menos los vinos.

•

Nada. Nada. Nada. Y ¿por qué no es nada también el corazón?

•

Me estás viendo; y si me estás viendo, no con los mismos ojos que te ves a ti, cuando te estás viendo, yo seré, muy pronto, uno de tus engaños.

•

Mi vida parece ser el comienzo de una comedia, ahora, ahora que es el fin de una comedia.

•

Si te viesen a ti y solamente a ti, cuando te miran a ti, no te verían nada.

•

Si es toda tu bondad la gota de bondad que me has dado, me has dado un mar de bondad.

•

Vivimos las cuatro estaciones de nuestra vida en el otoño de nuestra vida.

•

Quien no habita solamente en esta tierra, no necesita mucho de esta tierra.

•

Eres un niño, y porque eres un niño te deseo... ¡Oh, no encuentro qué te deseo!

•

Y si esta dolorosa tarea del alma no cumple nada, porque nada puede cumplir, ¿para qué me habrá sido dada a cumplir esta dolorosa tarea del alma? ¡Quién sabe!

•

No debe ser solamente dolor de hombre tu dolor, porque tu dolor no lo sientes solamente por el dolor del hombre.

•

No te pongas delante de tus ojos. Deja ver tus ojos.

•

Esa vez me hallaba casi junto al mar y casi junto al cielo. ¡Oh, cuán cerca estuve de mí, esa vez!

•

Siempre para salvar el momento, el eterno momento, sonríes un momento, siempre.

•

Toda cosa dura un engaño. Y un engaño dura muy poco.

•

Has derrotado a mi corazón, pero aún te falta derrotar al tuyo, para vencer.

•

Hasta las flores para emanar sus perfumes han menester morirse un poco.

•

Lo mío y lo de todos, después de buscarlos por todo, sólo hallé lo de todos.

•

Cuando todo es hielo, una copa de alcohol... es todo.

•

Creo que no tienes ningún pecado, porque cuando estoy contingo, no me falta ninguno de mis pecados.

•

He visto que lo posible es el mundo de las miserias. Por ello casi no me ocupo más de lo posible.

•

La tragedia, en tus labios, es la sonrisa más dulce de tus labios.

•

Cuando no hay cielo en tus ojos, mis ojos caen sobre veinte centímetros de suelo.

•

En el recuerdo de nuestras cosas, nuestras cosas son como un vaso de agua en un mar de agua.

•

Creo que fueron los primeros ojos bellos, los ojos que lloraron por primera vez.

•

Nadie podría llamarla bondad a la bondad, por su fruto.

•

El mañana no es igual al hoy, hoy.

•

Son tu bien y tu mal, tu bien de más y tu mal de más, no tu justo bien y tu justo mal.

•

Y si respiras en el hombre, en el pequeñísimo hombre, todo, ¿cómo no te ahogas?

•

¿Te desea? No. Te ama.

•

Vemos cómo son las cosas cuando las vemos como las ven los niños, sin el por qué de las cosas.

•

Más allá de mi cuerpo, mis venas, no son visibles.

•

Se ha derrumbado todo. ¿Y era necesario que se derrumbara todo, para derrumbarme yo? ¡Qué tontería!

•

Sí; mis muertos siguen sintiendo el dolor de la vida, en mí.

•

El universo eterno, alcanzaste hasta verlo nacer, y creo que alcanzarías hasta verlo morir, porque está muy viejo el universo eterno.

•

No; no puede ser solamente tuya, porque es una flor, y una flor solamente puede ser de todos.

•

Ora me haces un bien, ora otro, y no eres más que un recuerdo.

•

Tú eres de hoy y yo soy de ayer... ¡Oh, dime, cuando te hablo de hoy!, ¿no te hablo de ayer?

•

«Ríe» es la palabra que más encuentro, y es la palabra que menos busco.

•

Lo irreparable no lo hace nadie; se hace solo.

•

La tierra y el cielo me han dado la tierra y el cielo. ¡Y qué poco han necesitado darme la tierra y el cielo, para darme la tierra y el cielo!

•

No hay nada donde no quiero nada y sólo donde no quiero nada.

•

Y si todo es por esto y para esto, ¿por qué no es solamente esto, todo?

•

Quien acerca sus ojos a las estrellas, se aleja de sus ojos una distancia infinita.

•

Si llamas buenos solamente a los buenos, ¿quién te llamará bueno?

•

Yo veo en ti lo bello, pero los ojos... Comprendo. No es una cosa de los ojos lo bello.

•

El corazón, cuando palpita por nada, palpita escondido.

•

Yo, para llegar hasta ésta mi edad, a veces creo que he necesitado todos los infinitos, y a veces, creo que sólo he necesitado un poco de inocencia.

•

Tienen infinidad de rosas tus rosales, pero no tienen una rosa de más; y porque no tienen una rosa de más, no arrancaré una rosa a tus rosales.

•

Me parece que fue ayer más de la mitad de mi vida. Mañana estaré muerto.

•

Lo que me hace padecer es lo que llevo en el cerebro y en el alma, no lo que llevo solamente en el cerebro o solamente en el alma.

•

No cabes en lo infinito, y cabrías en mis manos, si te tuviese en mis manos. ¿Es que es tan pequeño lo infinito?

•

La esperanza no es de las flores, porque la esperanza es un mañana y las flores no tienen un mañana.

•

Cada vez puedo soportar menos, todo; pero puedo soportar todo, siempre, porque todo cada vez es menos.

•

Ha sido correcto conmigo todo el universo, menos el hombre, mi semejante.

•

Te llevaré flores donde ellos saben que estás y donde yo sé que estás; en ambos lugares distintos.

•

A algunas cosas mías, que yo dejé, ¡cuántas cosas mías no las dejaron!

•

Para que nadie pierda su corazón, tu corazón, al comenzar a morir, ha comenzado a no darse.

•

Si necesito anularte, me anulo yo y no necesito anularte.

•

Cuando caen tu cuerpo y tu alma, la humanidad levanta tu cuerpo, solamente tu cuerpo.

•

Sin un porqué, todo parece desequilibrado; y con un porqué, todo parece un porqué.

•

Me pregunto cómo pude creerte y no cómo puedo creerte.

•

Quien oye el silencio, ¡cuánto dolor callado oye!

•

Ubicándote aquí, viejo, serás viejo, solamente viejo, porque, joven, no te ubicabas aquí.

•

Y si crees que has comenzado a ser fuerte, has comenzado a no poder ayudar... a los débiles.

•

Cuando me parece que todo está sin mí, ¡qué extraordinario me parece todo!

•

Si fueras como yo te quisiera, serías como yo mismo; y, como yo mismo, no te quisiera.

•

El amor es una fea herida, pero se cubre de flores, y las flores son bellas.

•

El autor de mi todo no soy yo. Yo soy el autor de cómo es mi todo.

•

Si haces algo, debes vencer la pereza que te da el hacer algo; si no haces nada, debes vencer el miedo que te da el no hacer nada. Debes vencer, y debes vencer siempre.

•

Te defiendes de unos para defender a otros. ¿Para qué te defiendes?

•

Cuando todo en torno mío es un mar que sube, como una amenaza; yo, como una amenaza, bajo.

•

Me separa de todo ser y de toda cosa mi cuerpo, nada más que mi cuerpo.

•

Quiero tu bondad, pero no sin una sonrisa en tus labios.

•

No dejan de existir en mí nunca, nunca solamente mis muertos.

•

Sabe que te quiso a ti y no sabe a quien quiso, porque sólo te quiso a ti como eres tú y tú sólo has sido como sólo se puede ser: como son todos.

•

Todos pueden matarme, pero no todos pueden herirme.

•

Es más fácil levantar la caída que no dejarla caer. Déjala caer y la levantarás.

•

Cuando veo que yo y los demás somos seres iguales, veo seres muy extraños, en los demás.

•

Me has dicho tanto, tanto de sus cosas, que ya no queda nada de tus cosas.

•

Y si cuanto quiero sólo fuese cuanto me conviene, llamaría estúpido... cuanto quiero.

•

Yo tuve una madre y no tuve orgullo. Y tú ¿qué tienes, que tienes orgullo?

•

Te quedaría bien una flor en las manos, no un puñal en las manos, e igual podrías matar con una flor.

•

A una edad como la mía, seria, no se quiere nada, serio.

•

Mi fortuna, casi toda hecha de tiempo, no tuvo un dueño avaro y duró poco tiempo.

•

Sueñan mucho los que han vivido mucho: los viejos.

•

Hoy, el recuerdo de lo que se fue y el olvido de lo que vendrá, son mis mayores deseos.

•

Parece que fuera de nosotros no hay más que imitaciones mal hechas de lo que hay dentro de nosotros.

•

Me bastan, para endulzar los mares de amargura que me dieron, las gotas de dulzura que me dieron.

•

Estoy, y, porque estoy, en alguna parte debo estar. Y estoy... donde estoy.

•

Si veo morir, siempre es mi madre que muere, desde que la vi morir.

•

Creo que eres demasiado humano, porque tienes demasiados defectos.

•

El hoy se acaba, el mañana se acaba; solamente el ayer no se acaba.

•

En este mundo sólo he conocido a quienes sólo saben ser amigos y a quienes sólo saben ser enemigos.

•

Lo que necesito hacer, casi siempre, no es lo que necesito.

•

Porque has renunciado a tus pobrezas y solamente a tus pobrezas, eres pobre.

•

Son centenares de miles de gente la ciudad; y yo, en la ciudad soy centenares de miles de muertos.

•

No me hagas bien alguna vez, para que yo pueda hacerte bien alguna vez, porque yo quiero hacerte bien alguna vez.

•

Cuando busco hallar mi inferioridad, la busco en mí, y cuando busco hallar mi superioridad, la busco en una flor.

•

Lo que haces por mí no debe ser mucho, porque lo que haces por mí, cuando lo deshaces, lo deshaces en un momento.

•

Todo lo que no es del corazón, todo es de las medidas y de los números.

•

Para las cosas grandes, ya no te queda ni un minuto más de tiempo; pero aún te queda casi una eternidad más de tiempo, para las cosas pequeñas.

•

Tu vida se acabará en tu muerte, no para ti; para ti se acabó en tu vida.

•

Los ojos que donde miran buscan donde mirar, destruyen donde miran.

•

A veces estoy amando todo y estoy amando un insecto. ¡Oh, cómo se sintetiza todo, a veces!

•

Háblame de otras almas, no de tu alma, y así me hablarás de tu alma.

•

Cuando uno comienza a andar derecho, no comienza más nada.

•

No mueres de morir, que, de vivir, ya te hubieras muerto.

•

Cuando me cansa lo superficial, me cansa tanto, que necesito, para descansar, un abismo.

•

Lo ordenado, en el hombre, es el niño en el hombre.

•

Si estoy cerca de ti, me olvido del bien que hay en ti, y si estoy lejos de ti, me olvido del mal que hay en ti.

•

Cuando veo a un ciego andar solo, deseo andar solo.

•

Te llamo hermano porque no te conozco; si te conociera, tal vez te llamaría hermanos.

•

Ahora, cuando no tienes nada, sólo dolor no tienes.

•

Creo que es grande el corazón; pero a veces, viendo en donde cabe el corazón, creo que no es grande nada; ni el corazón.

•

Y para sentir el universo y no mis poquísimas y menudas cosas, en mis poquísimas y menudas cosas, ¡cuánto he debido ser débil, Dios mío!

•

Ya que sólo puedes engañarme y nada más puedes, te ayudaré a engañarme.

•

Lo extraordinario parece ser lo que da vida a todo. Y yo creo que es nuestra ignorancia lo extraordinario.

•

No subas a los cielos por tan poco, que es muy triste bajar de los cielos por tan poco.

•

Cuando necesito hablarte, trato de hablarte como cuando no necesito hablarte, para hablarte «bien».

•

Habrán debido andar una eternidad las flores, porque, ¡para llegar a flores!

•

Mis manos se han acortado tanto, de tanto alargarse en vano, que ya no alcanzan ni hasta las estrellas.

•

Creemos mucho en lo que sabemos, cuando es poco lo que sabemos.

•

He visto que un pequeñísimo grano de bien y un infinito de mal son dos infinitos.

•

Si yo pudiera ser más de lo que soy para lo que es más y menos de lo que soy para lo que es menos, yo podría ser justo con todos y con todo.

•

Ahora, cuando salvo lo poco, lo mucho, que no salvé, se ofende.

•

Miró hacia abajo todo, miró hacia arriba y todo y se dijo: «todo es amor perdido».

•

Y no quieres comprender que es lo diferente y no lo distante, lo distante.

•

Vería tus ojos, si viera lo que ven tus ojos, no tus ojos, porque tus ojos son lo que ven tus ojos.

•

Cuando pienso yo, pienso como pienso yo, no «seriamente».

•

Todo espera y nada me dice espera. Y yo espero, tal vez como todo espera.

•

De las flores y de lo que las flores me dieron quedan las flores; y quedan las flores porque pude apartar las flores de lo que las flores me dieron.

VOCES INÉDITAS

QUISIERAS poder detenerte, para detenerte en algo. Pero ¿hay algo que puede detenerse para detenerte en algo?

•

Ser es obligarse a ser. Y obligarse a ser es obligarse a ser. No es ser.

•

Quien hace lo que hace como sabiéndolo hacer lo que hace, no lo hace consigo lo que hace, y no es suyo lo que hace.

•

No, las cosas no son como son, porque si fuesen como son, lo serían siempre como son.

•

El tiempo que me demoro en vivir es exactamente el tiempo que me demoro en morir.

•

Sí, comprendo, comprendo, pero... Y ¿por qué comprendo? Sí, quisiera comprender por qué comprendo.

•

Aprietas tus manos y no veo nada en tus manos. ¡Oh, cuánto no vemos en donde no vemos nada!

•

No, hoy no podría creerlo, que otros hubiesen hallado calor donde yo hallé frío.

•

Y si yo soy las necesidades de lo que yo soy; lo que yo soy ¿quién es?

•

La distancia que me aleja de todo, ya es toda la eternidad. Y aún no me he separado nada, de nada.

•

Sabes que te equivocaste; y si supieras también que te equivocas y si supieras también que te equivocarás, sabrás tanto cuanto sé yo.

•

Sí, un infinito de espera y el fin, de un infinito de esperas. Nada más.

•

Y si nunca me olvidara de nada de lo que hay en ti, nunca hallaría nada nuevo en lo que hay en ti.

•

Y su dolor llegó a ser infinito, de tanto no alcanzar para nada su dolor.

•

Y si creo que eres alguien, en lo que es el todo, creo que eres alguien de lo que es el todo, no de lo que eres tú; de lo que eres tú creo que no eres nadie, que no existes, en lo que es el todo.

•

Creen que para ser yo diferente bastaría con ser yo y nada más que yo y nada más que yo diferente. Como que se pudiera ser diferente de lo no diferente.

•

Y si tu alma se curara de sus males, se moriría.

•

No, no puedo hacer más nada, de lo que no hace más nada. Y ya es casi todo lo que no hace más nada.

ÍNDICE

Prefacio

5

Noticia sobre Antonio Porchia

17

Voces abandonadas
Primera Serie (1943)

23

Voces abandonadas
Segunda Serie (1948)

69

Voces inéditas

97